

FABULA LXXXVIII.

LA PERRILLA Y EL BORRICO:

idea tomada de Esopo.

A MI ANTIGUO COMPAÑERO Y AMIGO

el Ilmo. Señor

DON ANTONIO CORZO,

FISCAL DEL CONSEJO DE ESTADO.

*Aptitudes distintas*

Admiro, CORZO, en tí. ¿La causa inquieres?  
Pues en palabras te diré sucintas,  
Que gran Jurisconsulto cual lo eres,  
Tambien Poeta sabes ser, si quieres,  
Y hasta Pintor, cuando si quieres, pintas:  
¿Que diré si la Música á las tintas  
O á los halagos del rimar prefieres?

Dirás que te delato  
Cuando así doy al mundo tu retrato,  
Puesto que nadie por el hombre aboga  
Que es Músico y Pintor y hasta Poeta,

Cuando austero Fiscal, arrastra toga.  
¿Y qué te importa á ti que se halle en boga  
En quien ladra cual Can por pasatiempo  
Ese modo de ahullar? ¿No fué MELENDEZ  
Gran Fiscal y gran Vate á un mismo tiempo?  
¿No hizo el plectro sonar con ambas manos  
El insigne y severo JOVELLANOS?  
¿No ejerce hoy mismo presidencia honrosa  
En ese Cuerpo que Fiscal te llama,  
Magistrado de prez y de alta fama  
El Poeta MARTINEZ DE LA ROSA?

¡Buena fuera que yo, por ser Letrado,  
Y aun tambien ad honorem Magistrado  
(Aunque de tanto honor muy poco digno),  
Colgara mi laúd cual mueble indigno,  
O como digno de morir ahorcado!  
No, amigo CORZO, no: si afortunado  
Dones tantos al Cielo le debiste,  
Dale gracias á Dios, que de talentos  
Tan varios te reviste;  
Y así, en los ócios de tu cargo triste,  
Pinta ó preludia, y déjate de cuentos.  
¡Oh, si pudiera yo tener tus dotes,  
O serte en los recursos parecido!  
Pero eso es á muy pocos concedido,

*O digalo, sinó, pintiparado*  
*Este cuento que á Esopo le he pillado,*  
*Si bien con trage nuevo lo he vestido.*

Perrillas ha habido  
Graciosas, bonitas ;  
Mas no cual la Perra  
Que Lola tenía.

¡Qué bella! qué mona!  
Qué cuca! qué linda!  
¡Qué fiel sobre todo,  
Y qué picarilla!

No bien á su casa  
El Ama venia,  
Ponia en su falda  
Sus cuatro patitas.

Alli, hasta sus hombros  
Veloz se subia,  
Y abajo de nuevo  
Tornábase lista.

Y á cada bajada,  
Y á cada subida,

La faz de su Dueña  
Besaba y lamía.

Y todo era en tanto  
Mover la colita,  
Ya á un lado, ya á otro,  
Ya abajo, ya arriba.

— «Ah, vamos! ¿coléas?»  
Su Dueña decia :  
Pues eso algo dice;  
Pues eso algo indica.

¿Qué quieres? bizcochíos?  
Merengues? almíbar?  
Pues toma, adorada;  
Pues toma, querida!

Y dándola un beso  
Con dulce sonrisa,  
Hartaba á la Perra  
De mil golosinas.

Al verla un Borrico  
Con pena y envidia,  
Exclama : «para ella  
Son todas las dichas!

Mientras yo de paja  
Lleno la barriga,  
Ella come solo  
Cosas exquisitas.

¿Qué mucho, si sabe  
Esa maldecida,  
Engañar al Ama  
Con sus arterías?

Yo debo imitarla,  
O soy, voto á cribas,  
El Burro más Burro  
De la Burrería. —

Aquestó diciendo,  
Viene de corrida,  
Y planta á su Dueña  
Las patas encima.

Después, de un rebuzno  
La deja aturdida,  
Y luego la lame  
Con su lengüecita.

— «Socorro! socorro!  
La obsequiada chillá:

¡Ay, qué borricada!  
¡Ay, qué porquería!

A la voz del Ama  
Que se desgañita,  
Los Criados todos  
Vienen en seguida.

Ven el caso, bufan,  
Se espeluznan, gritan;  
Y aquí del acebo,  
Y allá de la encina.

Al mirar los palos  
Que sobre él granizan,  
¿Qué hice, exclama el Burro.  
Que así me acarician?

— «¡Y aun nos lo pregunta!  
Ellos le replican,  
Dándole otra nueva  
Tremenda paliza:

Váyase á su cuadra,  
Y haga la Perrilla  
Cuando tenga Madre  
Perra, y no Borrica!» —

Yo, acabando ahora  
Esta Fabulilla,  
Digo: ¡cuántos Burros  
A ese Burro imitan!

¡Cuántos de su oficio  
Por otro se olvidan,  
Para el cual no tienen  
Aptitud ni chispa!

Que hacen mal, es claro;  
¿Mas porqué se irritan,  
Si la Suerte en ellos  
Llueve sus palizas?

FABULA LXXXIX.

LA ALMONEDA.

Hizo almoneda Blas de sus trebejos,  
Y vendió sillas, taburetes, mesas,  
Fregaderos, artesas,  
Y hasta jarros sin asa y platos viejos.

Contentísimo al ver que despachaba  
Cuanto el Diario al Público anunciaba,  
Aunque perdiendo (claro está) no poco,  
«Cosa es aquesta que me vuelve loco,  
A su Mujer le dijo,  
Pues con todos mis chismes hago trato,  
Aun cuando tengan quebradura ó grieta,  
Y nadie me ha ofrecido una peseta  
Por mi bello y magnífico retrato.»

— «¿Eso te extraña? Su Mujer responde:  
Pues la razon á mí no se me esconde.  
*Tu retrato, aunque bello, es cosa fútil,*  
*Excepto para ti que le das precio,*  
*Y el Público, á quien tantos llaman necio,*  
*No quiere ya lo bello, si no es útil.»*

FABULA XC.

EL MULO:

reverso de la idea de otra Fábula, publicada por nuestro  
eminente literato DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Dióle á un Mulo cebada  
El buen Zibulo,  
Y una coz como un templo  
Largóle el Mulo:

*La gente ignoble  
Por el bien que recibe  
Devuelve coces.*

FABULA XCI.

LA BURRA, EL MONO Y LA MONA.

De un hondo precipicio en la pendiente,  
Dióle á una pobre Burra un accidente,  
Quedando desmayada  
Y expuesta á dar consigo en la hondonada,  
Si no la socorria  
Un Mono que allí cerca discurría.

Este, en vez de evitar el lance bravo,  
Le colocó una aliaga bajo el rabo;  
Y diciendo despues *esto te aplico*,  
Con otra aliaga le frotó el hocico,  
No sin reirse y celebrar la cosa  
Cierta Monilla, del Monazo esposa,  
Que abajo se encontraba,  
Y el gatuperio aquel mirando estaba.

Vuelve en esto la Burra de repente....  
Y cómo no volver? de su accidente;  
Y de la aliaga y del dolor movida,

Da al Mono frotador tal embestida,  
Que sin valerle al tal la ligereza  
Con que quiere evadir el tope fiero,  
Por el derrumbadero  
Le lanza al precipicio de cabeza.  
Verdad es que la Burra en tal instante  
Se derrumba tambien de tronco en rama;  
Pero por fin encuentra blanda cama  
En el Mono á quien lleva por delante,  
Y además en la Mona picarilla,  
Que hallándose en estado interesante,  
Correr no puede ya, por más que chilla.  
En fin, la Burra los cojió debajo,  
Y con ese colchon, no sin trabajo,  
Logró salvarse, haciéndolos tortilla. —

*Bien al Mono le estuvo lo ocurrido,  
Y á la Mona tambien. ¿Quién les mandaba  
Añadir asficción al astijido?*

FABULA XCII.

EL RUISEÑOR Y EL CANARIO.

A MI MUY ESTIMADA AMIGA

LA DISTINGUIDA POETISA

DOÑA ANGELA GRASSI.

*A ti, que ANGELA quieres  
Solo nombrada ser, y un ANGEL eres,  
¿Qué don más propio tributar podria  
La pobre Musa mia,  
Que el de dos aves, inocentes ambas,  
Aunque de opuesta condicion entrambas  
Cuando se ven en servidumbre impia?  
¡Oh, nunca el triste dia  
De la desgracia te amanezca! Empero  
Si asi lo quiere, amiga, el hado fiero,  
No por eso en tu llanto  
Te olvides nunca de tu dulce canto,  
Que, á par de las ajenas,  
Puede armonioso mitigar tus penas  
Con su celeste inexplicable encanto.  
Gran Poeta fué LOPE, el gue opulento*

*Y de dichas cercado y de contento,  
Nunca las penas conoció... mas dime:  
¿No es CERVANTES, el pobre, el desgraciado,  
El festivo escritor encarcelado,  
Figura más excelsa y más sublime?*

En las doradas rejas  
De su prision metido,  
Tristísimo gemido  
Y lamentables quejas  
Un Ruiseñor lanzaba,  
Mientras en tono vário  
Dulcísimo un Canario  
Con júbilo cantaba,  
Y aquí y allá saltaba  
De aqueste palo al otro,  
Y luego á aquel y á estotro;  
Y á un aro arriba puesto  
Subíase tras esto,  
Y un rato se mecía,  
Y luego descendía  
Al comedor, y ufano  
Allí picaba el grano  
O bien agua bebía;  
Hecho lo cual, volvía

A su trinar parlero,  
Y á dar con nuevo ahinco  
Un brinco y otro brinco,  
Alegre y placentero.

— «Observo, compañero,  
El Ruiseñor le dijo,  
Que sientes regocijo  
Con que te  
Al verte prisionero.  
¿Cómo con pena tanta  
Tu pecho se resigna?  
Ave menguada, indigna,  
Es la que sierva, canta.  
Cumple tu ruin destino,  
Ya que ese fué tu sino;  
Mas yo, en penar tan fiero,  
De hambre morir prefiero  
A dar un solo trino.»

— «Pues yo, dice el Canario,  
Discrepo en ese punto,  
Y pienso en el asunto  
De un modo muy contrario.  
Si con ponerme triste  
Lograse ver abierta  
De mi prision la puerta,  
Al canto y al alpiste

También renunciaria;  
¿Mas qué conseguiria  
Con tal empeño? Nada:  
Morir falto de seso,  
Sin recobrar por eso  
Mi libertad preciada.  
¿Qué sacas tú del llanto  
Con que te afliges tanto?  
Doblar tu sufrimiento,  
Mientras que yo lo ahuyento  
Con mi armonioso canto.  
No llame, pues, tu lengua  
Abatimiento ó mengua  
Mis saltos y mis trinos:  
*De todos los destinos*  
*El más tremendo y fuerte*  
*Y más contrario al alma*  
*Es no sufrir con calma*  
*Las iras de la Suerte.»*

Discurso tan juicioso  
Despreciólo el lloroso  
Rui señor susodicho,  
El cual en su capricho  
Siguió ceñudo y bravo,  
Muriendo al fin y al cabo  
Como lo habia dicho.

¿Habrá quien se lo apruebe?  
Tal vez; mas yo me inclino  
A juzgar desatino  
Su fin cuitado y breve:  
Por tanto, si algun dia  
Del tiempo el curso vário  
Tribulacion me envia,  
*Mi gran filosofia*  
*Será la del Canario.*

A un Barbero canario  
Se le cayó en la calle la guitarra,  
No sé si por descuido ó por intento,  
Pues el tal instrumento  
Tenia á la verdad tan malas voces,  
Que era guitarra de las mas atrevidas,  
Y merecia bien que el tal amigo  
La hiciera mil pedazos en castigo.

Condolido al oír el golpe fiero,  
Añaló un Guitarrero  
En cuatro ó cinco trozos dividida,  
Y á su taller se la llevó en seguida,  
Y tan bien la compuso y de tal modo,  
Que desde entonces en el mundo todo  
Guitarras superiores jamás se oían,  
Siendo tan dulces sus sonoras voces.



FABULA XCIII.

LA COMPOSTURA DE LA GUITARRA:

*idea tomada de Theveneau.*

A un Barbero panarra  
Se le cayó en la calle la Guitarra,  
No sé si por descuido ó por intento,  
Pues el tal instrumento  
Tenia á la verdad tan malas voces,  
Que era Guitarra de las mas atroces,  
Y merecia bien que el tal amigo  
La hiciera mil pedazos en castigo.

Condolido al oir el golpe fiero,  
Alzóla un Guitarrero  
En cuatro ó cinco trozos dividida,  
Y á su taller se la llevó en seguida,  
Y tan bien la compuso y de tal modo,  
Que desde entonces en el mundo todo  
Guitarra superior jamás fué oida,  
Siendo tan dulces sus sonoras voces,

Como antes del percance  
Eran oscuras, ásperas y atroces. —

*Tal vez la Adversidad descarga el palo  
Que providente Mano oculta mueve,  
Y á eso solo se debe  
Que se convierta en bueno el Hombre malo.*

FABULA XCIV.

TUERTOS Y BIZCOS.

Un Tuerto se reia  
A un Bizco viendo,  
Y el Bizco se chungaba  
Al ver al Tuerto.

*Al estribillo:*

*La Humanidad es toda  
Tuertos y Bizcos.*

FABULA XCV.

LOS VIEJOS Y LAS VIEJAS.

Habia en un país cierta costumbre  
Tan rara y endiablada como añeja;  
Y era ahorcar sin remedio á todo Mozo  
Que casaba con Vieja;  
Pero de eso en desquite,  
Para mejor equilibrar la cosa,  
Pillando un Viejo juvenil Esposa,  
Le daban treinta duros y un convite.

Esto en las Chochas dió lugar á quejas,  
Creyendo que tal uso, bien mirado,  
Se habia por los Viejos inventado  
En odio de las Viejas;  
Pero lo consiguieron cosa alguna  
Con su queja importuna,  
Pues como aquel gobierno  
De Viejos nada más se componia,  
Dijeron todos: *¿reformita? Un cuerno!*  
Y siguiendo aquel uso del demonio,

Se convidaba siempre, ó bien se ahorcaba,  
Segun Viejo con Moza se casaba,  
O era en sentido inverso el matrimonio,

Pasados cuatro lustros de aflicciones,  
Renovaron las Viejas sus gestiones;  
Y últimamente consiguieron todas  
Poder hacer con Jóvenes lampiños  
Sus desiguales bodas,  
Siempre que con ardid sabio y discreto  
Se las supiesen endilgar de un modo  
Que á un tiempo fuese *público y secreto*.

Parecía imposible  
Llenar con esperanza de victoria  
Condicion tan terrible,  
Por no decir tan clara y tan notoria-  
mente contradictoria;  
Mas qué dificultad hay invencible,  
Cuando el Amor tirano  
A una pobre Mujer aguija y muerde,  
Sobre todo si es Vieja y Vieja verde?

Las del país que digo, al verse ricas,  
Resolvieron quitar sus lindos Mozos  
A las mejores Chicas,  
Y ellos ¡ingratos! cuando el oro vieron,

Aun á peligro de morir ahorcados,  
Al amor de las Viejas se rindieron.  
La cosa en tanto peliaguda era;  
Pero al fin se arregló de esta manera:  
Las Viejas comenzaron por largarse,  
Cada cuál con su fiel barbilampiño,  
A otro pueblo ó lugar, donde no hubiera  
Quien á Novio ni á Novia conociera,  
Y allí, con maña y con gentil aliño,  
Cambiaron mutuamente nombre y traje;  
Y héte realizado el maridaje  
Sin riesgo alguno para el pobre Niño.

Con efecto: pasando en la pareja  
Por Marido de edad la horrible Vieja,  
Y por jóven Muchacha el lindo Mozo  
En quien apenas apuntaba el bozo,  
No solo dominaron los apuros  
De aquel primer envite,  
Sino que se les dió su buen convite,  
Y *ainda mais*, sus corrientes treinta duros.  
Súpose luego aquel ardid extraño  
Pasado el primer año;  
Y al ver el modo sin igual, completo,  
Con que *en público* á un tiempo y *en secreto*  
Habian conseguido en dulces bodas

Casarse del pais las Viejas todas,  
Diz que exclamaron con dolor profundo,  
Tirándose los Viejos las orejas:  
*¡Benditos sean Dios y san Facundo!*  
*¿Qué Viejo, aun siendo astuto sin segundo,*  
*Competirá en astucia con las Viejas,*  
*Mientras existan Viejas en el mundo?*

FABULA XCVI.

EL TABIQUE DE PAPEL.

AL EXCMO. SEÑOR

DON LUIS RODRIGUEZ CAMALEÑO,

Senador del Reino.

*Yo no sé si deliro ó si lo sueño;*  
*Pero creo excusado, CAMALEÑO,*  
*Plantear en la tierra Instituciones*  
*Para hacer venturosas las Naciones,*  
*Si la Reforma con sus vivas lumbres*  
*Solo ofusca la vista, ó no se encarna,*  
*Lo propio que en la Ley, en las Costumbres.*  
*Aludiendo yo un dia por acaso*  
*A esas dos entidades diferentes*  
*Que deben juntas ir al mismo paso,*  
*Escribí; de ilusiones al abrigo,*  
*Esta que algunos llamarán conseja,*  
*O por mas irrisión, cuento de vieja:*  
*Escúchame indulgente, ilustre amigo;*